

fácilmente y de buena gana que los otros son viciosos, y en el vicio á que ellos son dados, ó en algún otro por lo menos tan grande, pareciéndoles que la muchedumbre de reos hace su pecado menos reprehensible. Muchos se dan al juicio temerario por el sólo gusto que reciben en filosofar y adivinar las costumbres y condiciones de las personas, por manera de ejercicio de espíritu; y si por suerte aciertan alguna vez con la verdad en sus juicios, el atrevimiento y deseo de continuar crece en ellos de manera que no hay quien los aparte de este vicio. Otros juzgan por pasión y piensan siempre bien de aquello que aman, y siempre mal de aquello que aborrecen, si no es en un caso admirable, y no obstante verdadero, en el cual el exceso del amor provoca á hacer mal juicio de lo que se ama: efecto monstruoso, como en fin, nacido de un amor impuro, imperfecto, alborotado y enfermo, que son los celos; los cuales, como todos saben, por una sola y simple vista, ó por la menor risa ó correspondencia, condenan las personas de maldad y adulterio. En fin, el miedo, la ambición, y otras semejantes flaquezas de espíritu, son causa de ordinario de semejantes sospechas y juicios temerarios. ¿Pero qué remedio para esto? Los que beben el zumo de la yerba llamada ofiusa, de Etiopía, por donde quiera que extienden la vista les parece que ven serpientes y cosas espantosas (1); y los que han alojado á la soberbia, á la envidia, á la ambición y al rencor, no ven cosa que no hallen mala y digna de menosprecio. Aquellos, para verse sanos, debían tomar vino de palma (2), y lo mismo digo para

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXIV, c. xvii (al cu).

(2) *Ibid.*

estos otros: bebed lo más que podais el vino sagrado de la caridad, que él os evacuará de estos malos humores que os llevaban á hacer juicios errados. La caridad, no sólo no busca el mal, pero teme de encontrarle; cuando le encuentra vuelve la cabeza y disimula, y aun cierra los ojos antes de verle al primer ruido que percibe; y después cree por una santa simplicidad, que no era mal, sino sólo la sombra ó alguna fantasma suya; y si por fuerza reconoce ser el mismo mal, al punto procura despedir este pensamiento y olvidar su figura. La caridad es el gran remedio para todos los males, y principalmente para éste. Todas las cosas parecen amarillas á los ojos de los ateriados (1). Dicen que para sanarlos se les ha de poner debajo de la planta de los pies la esclarianota (2). Así, este pecado de juicio temerario es una tericia espiritual, que hace parecer todas las cosas malas á los ojos de los que están tocados de ella; mas quien quiera sanar, es menester que ponga los remedios, no en los ojos, no en el entendimiento, sino en las aficiones, que son los pies del alma. Si tus aficiones son benignas, tu juicio será benigno; si son caritativas, tu juicio será de la misma suerte. Daréte tres ejemplos admirables. Isaac había dicho que Rebeca era su hermana (3). Abimelec vió que jugaba con ella; esto es, que la acariciaba tiernamente, y juzgó luego que era su mujer. Un ojo maligno hubiera antes juzgado que era su amiga, ó si era su hermana, que era un incesto. Mas Abimelec sigue la más caritativa opinión que en tal caso podía

(1) Mattioli, in Diosc., lib. II, c. CLXXVI.

(2) Planta de la familia de las escrofulariáceas.

(3) Génesis, xxvi, 7-9.

tener. Menester es, pues, hacer siempre lo mismo, Filotea, juzgando en favor del prójimo cuanto nos sea posible; que si una acción pudiera tener cien caras, deberíamos mirarla en la que fuese más hermosa. Nuestra Señora estaba preñada; san José lo veía claramente; mas como por otra parte la consideraba enteramente santa y enteramente angélica, no pudo aún creer estuviese preñada contra su deber; y dejándola, resolvió dejar el juicio á Dios; y aunque el argumento fué violento para hacerle concebir mala opinión de la Virgen, no quiso con todo eso jamás juzgarle. ¿Mas por qué? Porque (dice el Espíritu de Dios) era justo (1). El hombre justo, cuando no puede excusar ni el hecho ni la intención de aquel á quien ha conocido hombre de bien, aun no quiere juzgarle, sino antes procura desechar el tal pensamiento, dejando el juicio á solo Dios. Crucificado nuestro Salvador, no pudiendo excusar por entero el pecado de los que le crucificaban, por lo menos disminuía la malicia, alegando su ignorancia (2). Cuando no podemos excusar el pecado, hagámosle por lo menos digno de compasión, atribuyéndole á la causa más soportable que podamos.

Luego ¿no podemos nunca juzgar al prójimo? No por cierto, jamás; el mismo Dios, Filotea, es el que juzga á los reos en la justicia. Verdad es que se sirve de la voz de los magistrados para hacerse inteligible á nuestras orejas. Estos son sus ministros é intérpretes; y no pueden pronunciar cosa fuera de lo que han aprendido de él, como en fin oráculos suyos. Y si hacen otras cosas, siguiendo sus propias pasiones, en-

(1) S. Mateo, I, 19.

(2) S. Lucas, XXIII, 34.

tonces serán sin duda ellos las que juzguen y los que por consiguiente serán juzgados; porque es prohibido á los hombres, en calidad de hombres, el juzgar á los otros.

El ver ó conocer una cosa no es juzgarla; porque el juicio, (según la frase de la Escritura) presupone alguna pequeña ó grande, verdadera ó aparente dificultad, la cual sea necesario resolver. Por esto dice que los que no creen son ya juzgados, por cuanto no hay duda en su condenación (1). ¿No será, pues, mal hecho el dudar del prójimo? No, porque no es defendido el dudar, sino el juzgar; pero tampoco es permitido ni el dudar ni el sospechar, sino sólo aquello que las razones y argumentos nos fuercen á dudar; de otra suerte las dudas y sospechas serían temerarias. Si algún ojo maligno hubiera visto á Jacob cuando besaba á Raquel junto al pozo (2), ó á Rebeca cuando aceptó los brazaletes y zarcillos de Eliezer (3), hombre desconocido en aquella tierra, sin duda que el tal hubiera pensado mal de estos dos ejemplos de castidad, pero sin razón; porque cuando una acción es de sí misma indiferente, es una sospecha temeraria el sacar de ella una mala consecuencia, si no es que otras muchas circunstancias den fuerza al argumento. Es también juicio temerario el sacar consecuencia de un acto para injuriar la persona. Diré luego esto más claramente.

En fin, los que tienen buena cuenta con sus conciencias, pocas veces se hallan sujetos al juicio temerario; porque como las abejas, viendo revuelto el aire

(1) S. Juan, III, 18.

(2) Génesis, XXIX, II.

(3) *Ibid.*, XXIV, 22.

en el tiempo nublado, se retiran á sus colmenas á mirar por su miel; así, los pensamientos de las buenas almas no salen ni se muestran sobre los objetos revueltos ni entre las acciones lóbregas y nublosas de los prójimos; antes para excusar el encontrarlas, se encierran en sus propios corazones para imaginar las buenas resoluciones de su propia enmienda.

Es muy de una alma inútil el embarazarse con el examen de las vidas ajenas. Hago excepción de los que tienen cargo de otros, así en la familia como en la república; porque una buena parte de la conciencia de éstos consiste en el velar y mirar por la de los otros. Hagan, pues, los tales su deber con amor, y después de esto retírense en sí mismos para mirar por sí mismos.

## CAPÍTULO XXIX

### DE LA MURMURACIÓN.

El juicio temerario produce la inquietud, el menosprecio del prójimo, la soberbia y la satisfacción y agrado de sí mismo, y otros muchos efectos perniciosísimos, entre los cuales la murmuración tiene uno de los primeros lugares, como la verdadera peste de las conversaciones. ¡Oh, quién tuviera una de las brasas del santo altar para tocar los labios de los hombres y que así quedasen limpios de inquietud y pecado, á imitación del serafín que purificó la boca de Isaías! (1).

(1) Isaías, vi, 6, 7.

Quien quitase la murmuración del mundo, quitaría una gran parte de los pecados é iniquidades. Cualquiera que quita injustamente la buena fama á su prójimo, fuera del pecado que comete, está obligado á hacer la reparación, aunque diversamente, según la diversidad de las murmuraciones, porque ninguno puede entrar en el cielo con el bien de otro; y entre todos los bienes exteriores, la buena fama es el mejor. La murmuración es una especie de homicidio; porque así como nosotros tenemos tres vidas, es á saber, la espiritual, que consiste en la gracia de Dios, la corporal en el alma, y la civil en la buena fama; el pecado nos quita la primera, la muerte la segunda y la murmuración la tercera. El maldiciente, por un solo golpe de su lengua, hace ordinariamente tres homicidios: mata su alma y la del que le escucha con un homicidio espiritual, y quita la vida civil á aquel de quien murmura ó maldice; porque (como dice san Bernardo) (1) «aquel» que detracta y aquel que oye tal maldiciente, todos dos tienen el diablo sobre sí; sino que el uno le tiene en la lengua y el otro en la oreja.» David, hablando de los maldicientes, dice: «Afilado han sus lenguas como una serpiente» (2). La serpiente, pues, tiene la lengua hendida, y con dos puntas, como dice Aristóteles (3), y tal es la lengua del maldiciente, la cual, con un solo golpe, pica y emponzoña la oreja del oyente y la reputación de aquel á quien habla. Ruégote, pues, amada Filotea, no murmures jamás de persona, directa ni indirectamente; guárdate de imponer

(1) In Cantica, Sermo xxiv, § 3.

(2) Salmos, cxxxix, 3.

(3) De Hist. Anim., lib. I, c. xi.

falsas culpas y pecados al prójimo, de descubrir los que son secretos, de engrandecer los que son manifiestos, de interpretar en mala la buena obra, de negar el bien que sabes cabe en alguno, de disimularle maliciosamente y disminuirle con palabras; porque de todas estas maneras ofenderás á Dios en extremo, y sobre todo acusando falsamente y negando la verdad en perjuicio del prójimo, porque es doblado pecado el mentir y ofender juntamente al prójimo.

Los que para murmurar ó maldecir hacen ciertos prefacios de honor y entreveran ciertas pequeñas gentilezas y habilidades de los que murmuran, son los más finos y venenosos maldicientes. Yo aseguro (dicen los tales) que le amo, y que en lo demás es una buena persona; mas no obstante esto, si es que se ha de decir verdad, no tuvo razón en hacer tal ó tal bellaquería. Es una doncella muy virtuosa pero dejóse engañar; y á este tono según su mala intención les dicta. ¿No ves tú, Filotea, este artificio? El que quiere tirar el arco, tira cuanto puede la flecha á sí; mas esto no es sino para arrojarla con más fuerza. Parece que aquellos retiran la murmuración á sí; mas no es sino para lanzarla con más firmeza, para que así penetre más adentro en el corazón de los oyentes. La murmuración, dicha en forma de regodeo, es aún la más cruel de todas. La cicuta de su natural no es un veneno muy fuerte, sino antes flojo y lento, y que fácilmente puede remediarse; pero tomada en vino, es irremediable (1). Así, la murmuración, que de sí fácilmente se entraría por una oreja y se saldría por la otra (como dicen vul-

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXV, c. XIII (al xcv).

garmente), queda más firme en la memoria de los oyentes cuando se da dentro de algún concepto ó dicho sutil y alegre. *Tienen los tales* (dice David) *el veneno del aspid debajo de sus labios* (1). El aspid hace su picadura, que casi no se percibe, y luego su veneno causa una comezón gustosa, por cuyo medio el corazón y las entrañas se dilatan y reciben el veneno, contra el cual después no hay ningún remedio.

No digas nunca: Fulano es un borracho, aunque le hayas visto borracho; ni es adúltero, por haberle visto en este pecado; ni es incestuoso, por haberle hallado en esta desventura; porque un solo acto no da el nombre á la cosa. El sol se paró una vez en favor de la victoria de Josué (2), y se obscureció otra en favor de la del Salvador del mundo (3); mas no por eso dirá ninguno que sea inmóvil ú obscuro. Noé se emborrachó una vez y Lot otra: y aun más hizo éste, que cometió un gran incesto; mas no por esto fueron borrachos ni el uno ni el otro, ni Lot incestuoso, ni san Pedro sanguinolento porque derramó una vez sangre, ni blasfemo porque blasfemó una vez. Para tomar el nombre de algún vicio y de alguna virtud, menester es que hayan hecho algún progreso y hábito. Engaño es, pues, el decir que un hombre es colérico ó ladrón por haberle visto enojado ó hurtar una vez.

Aunque un hombre haya sido vicioso mucho tiempo, aun hay peligro de mentir cuando le llaman vicioso. Simón el leproso llamaba á la Magdalena pecadora

(1) Salmos, XIII, 3; CXXXIX, 3.

(2) Josué, X, 13.

(3) S. Lucas, XXIII, 45.

porque poco antes lo había sido (1); pero mentía con todo eso porque ya no lo era, sino una santa penitente; y también nuestro Señor tomó en su protección su causa.

El otro loco Fariseo tenía al publicano por gran pecador, y aun podría ser por injusto adúltero y gran ladrón; pero engañábase en extremo, porque al mismo instante quedó justificado (2). ¡Ay de mí! Pues la bondad de Dios es tan grande que un solo momento basta para alcanzar y recibir su gracia, ¿qué seguridad podemos nosotros tener de que un hombre que fué ayer pecador lo sea hoy? El día precedente no debe juzgar el presente, ni el presente debe tampoco juzgar el precedente; sólo el último es el que los juzga todos.

Jamás, pues, podemos decir que un hombre es malo sin peligro de mentir. Lo que podemos decir en caso que nos sea necesario el hablar, es que hizo un tal acto malo, que vivió mal en tal tiempo, ó que hace mal al presente; pero no se puede sacar ninguna consecuencia de ayer á hoy ni de hoy al día de ayer, ni menos al día de mañana.

Aunque nos es necesario ser muy mirados en no decir mal del prójimo, debemos asimismo guardarnos de un extremo, en que algunos caen, los cuales, por evitar la murmuración, loan y dicen bien del vicio. Si se halla una persona conocidamente maldiciente, no digas por excusarla que es libre y franca; una persona manifiestamente vana, no digas que es generosa y particular; y las familiaridades peligrosas no las llares simplicidades ó bondades. No afeites la desobediencia

(1) S. Lucas, VII, 39.

(2) *Ibid.*, XVIII, 11, 14.

con el nombre de celo, ni la arrogancia con nombre de libertad, ni la lascivia con nombre de amistad. No, querida Filotea: no es bien, pensando huir del vicio de la murmuración, favorecer, lisonjear y mantener los peligros; antes se ha de decir clara y libremente mal del mal y afear las cosas feas; y haciendo esto, glorificamos á Dios, con que esto sea con las condiciones siguientes.

Para afear los vicios de otro con justa causa, es menester que la utilidad de aquel de quien se habla y de aquellos á quien se habla lo requiera. Veo que cuentan delante de algunas doncellas las familiaridades secretas de tales y tales, y que son manifiestamente peligrosas; ó la disolución de un tal ó una tal, en palabras ó acciones que son manifiestamente lúbricas. Si yo no afeo libremente este mal, sino antes le pretendo excusar, tomarán ocasión las que oyen y podrá fácilmente imprimirse en sus tiernas edades el deseo de seguir alguna de estas cosas; y así, su utilidad requiere que libremente afee tales acciones, y al mismo instante, si no es que pueda reservar el hacer este buen oficio más á propósito y con menos daño de aquellos de quien se habla, en otra ocasión.

Fuera de esto me tocará hablar de este sujeto cuando sea de los primeros de la conversación; porque si entonces no hablo, parecerá que apruebo el vicio; que si soy de los menores, no debo intentar hacer esta censura, sino mostrarme cabal en mis palabras; de manera que no diga una sola demasiada. Como por ejemplo: Si yo vitupero la altivez (1) de aquel mozo

(1) *familiaridad*, en el original.

y de aquella doncella, por cuanto es muy indiscreta, menester es, Filotea, que tenga la balanza bien justa para no engrandecer la cosa ni un pelo. Si no hay sino una flaca apariencia, no pasaré de aquí. Si no hay sino una simple imprudencia, tampoco diré más de esto. Si no hay ni imprudencia ni verdadera apariencia del mal, sino sólo un no sé qué, que en algún espíritu malicioso puede tomar achaque de murmuración, no diré ninguna cosa ni saldré de la verdad. Mi lengua, mientras juzgo al prójimo, está en mi boca, como una navaja en la mano del cirujano que quiere cortar entre los nervios y ternillas; es menester que el golpe que diere sea tan justo, que no diga ni más ni menos de lo que fuere conveniente. En fin, es menester observar, sobre todo cuando se reprende el vicio, el perdonar cuanto sea posible la persona en quien está.

Verdad es que de los pecadores infames, públicos y manifiestos, se puede hablar libremente, con tal que esto sea con espíritu de caridad y compasión, y no con arrogancia ni presunción, ni por holgarse del mal ajeno, porque esto último es muy de corazón vil y abatido. Hago excepción entre todos de los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, porque á estos tales se les ha de infamar cuanto se pueda, como son las sectas de los herejes y cismáticos, y las cabezas de ellas. Caridad es gritar al lobo cuando está entre las ovejas, ó en otra cualquier parte.

No hay quien no se tome la licencia de juzgar y censurar los príncipes y de murmurar de las naciones en general, según la diversidad de aficiones que tienen en su particular. No caigas, Filotea, te ruego, en esta falta, porque fuera de la ofensa que se hace

á Dios, podría causarte mil suertes de pependencias.

Cuando oyeres murmurar, has dudosa la acusación, si es que lo puedes hacer justamente; y si no pudieres, excusarás la intención del acusado; y si aun esto no pudiere ser, mostrarás tenerle compasión, procurando mudar de propósito, acordándote y haciendo acordar á los demás que los que no caen en falta deben dar toda la gracia á Dios. Procura reportar al maldiciente por algún apacible modo, y di algunos bienes (si los supieres) de la persona ofendida.

## CAPÍTULO XXX

### ALGUNOS OTROS AVISOS TOCANTES AL HABLAR.

Debe ser nuestro lenguaje dulce, agradable, sincero, natural y verdadero. Guárdate, pues, de los dobleces, artificios y fingimientos; porque aunque no sea bueno el decir siempre toda suerte de verdades, tampoco es permitido el ir contra la verdad. Acostúmbrate á nunca mentir adrede, ni por excusa, ni de otra manera, acordándote que Dios es el Dios de la verdad (1). Si ves que mentiste por descuido y puedes enmendar la falta al punto con alguna explicación ó reparación, enmiéndala. Una excusa verdadera tiene más gracia y fuerza para excusar que la mentira.

Bien es verdad que alguna vez se puede, con discreción y prudencia, arrebozar y cubrir la verdad por

(1) Salmos, xxx, 6.

algún artificio de palabra; mas no por eso se ha de practicar esto sino en cosa de importancia, cuando la gloria y servicio de Dios manifiestamente lo requieren. Fuera de esto, los artificios son peligrosos, porque como dice la sagrada salabra: *El Santo Espíritu no habita en un espíritu fingido y doblado* (1).

No hay ninguna fineza tan buena y digna de desear como la simplicidad. Las prudencias mundanas y artificios carnales pertenecen á los hijos del siglo; mas los hijos de Dios caminan sin rodeo y tienen el corazón sin dobleces. Quien camina simplemente (dice el Sabio), camina con seguridad (2); la mentira, el doblez y el fingimiento, son siempre de un espíritu flaco y agudo.

San Agustín había dicho en el cuarto libro de sus Confesiones (3), que su alma y la de su amigo no eran sino una sola, y que esta vida le era aborrecible después de la muerte de su amigo, por cuanto no quería vivir á medias; y que asimismo, y por este respecto, temía también el morir, porque muriendo él, no muriese su amigo de todo punto. Estas palabras le parecieron después muy artificiosas y afectadas, y así, las revoca en el libro de sus Retracciones (4), y las llama una ineptia, que es lo mismo que una necedad. ¿Ves tú, amada Filotea, esta alma santa y hermosa cuán tierna se muestra en el sentimiento de la afectación de las palabras? Ciertamente es un gran ornato de la vida cristiana la fidelidad, llaneza y sinceridad del lenguaje.

(1) Sabiduría, I, 5.

(2) Proverbios, X, 9.

(3) Cap. VI.

(4) Lib. II, c. VI.

*Ya he dicho que tendré cuenta con mis caminos para no pecar en mi lengua* (1). ¡Oh, Señor! ponme guardas en mi boca y una puerta que cierre mis labios, decía David (2).

Aviso es del rey san Luis el no desmentir á nadie no habiendo pecado ó gran daño en lo contrario (3), y esto por evitar todas contiendas y disputas. Cuando importa, pues, el contradecir á alguno y oponer su opinión á la de otro, menester es usar de grande mansedumbre y destreza, sin querer violentar el espíritu del otro, porque, así como así, no se gana nunca nada tomando las cosas con aspereza.

El hablar poco, tan encomendado por los sabios antiguos, no se entiende porque sea menester decir pocas palabras, sino no decir muchas inútiles; porque en materia de hablar, no se mira la cantidad, sino la calidad, y me parece que se deben huir dos extremos: porque hacer del demasiado entendido y severo, rehusando el contribuir en los discursos familiares que se hacen en las conversaciones, parece que es, ó falta de confianza ó alguna suerte de desdén. El hablar también siempre, sin dar ni lugar ni tiempo á los otros para que hablen á su gusto, también es señal de desvanecimiento y liviandad.

San Luis no hallaba bueno que estando en compañía se hablase en secreto y en consejo, y particularmente á la mesa, por quitar la sospecha que se podría engendrar en tales secretos de que se hablaba mal de los otros. *Aquel* (decía el buen rey) (4) *que está á la*

(1) Salmos, XXXVIII, I.

(2) *Ibid.*, CXL, 3.

(3) Joinville, Hist. de S. Loys, I<sup>re</sup> partie.

(4) Ubi supra.

*mesa en buena compañía, y que tiene que decir alguna cosa alegre y de gusto, debe decir la que todo el mundo la entienda; si es cosa de importancia, se debe callar sin decir la.*

## CAPÍTULO XXXI

DE LOS PASATIEMPOS Y RECREACIONES, Y PRIMERAMENTE DE LOS LÍCITOS Y LOABLES.

Fuerza es el dar algunas veces á nuestro espíritu y á nuestro cuerpo alguna suerte de recreación. San Juan Evangelista (como dice el bien afortunado Casiano) (1) fué un día hallado en el campo por un cazador con una perdiz sobre el puño, á la cual acariciaba por manera de recreación. Preguntóle el cazador que por qué, siendo hombre de tal calidad, pasaba el tiempo en cosa tan baja y vil. Y san Juan le dijo: ¿Por qué tú no traes siempre tu arco tendido? De miedo (respondió el cazador) que teniéndole siempre curvo, no pierda la fuerza por el demasiado estirarse, y le falte cuando me haya menester servir de él. No te espantes, pues (replicó el Apóstol), si yo me aparto algunos ratos del rigor y atención de mi espíritu para tomar un poco de recreación, pues no es sino para poder después emplearme mejor y más vivamente á la contemplación. Vicio es sin duda el ser tan rigurosos, agrestes y salvajes, que no quieran tomar para sí ni permitir á los otros ninguna suerte de recreación.

(1) Collat, Patrum, lib. XXIV, c. XXI.

Tomar el aire, pasearse, entretenerse con discursos alegres y amigables, tocar el laud y otros instrumentos, cantar música, ir á caza, todas estas son recreaciones tan honestas, que para usar bien de ellas no hay necesidad sino de la común prudencia, que es la que da á todas las cosas orden, tiempo, lugar y medida.

Los juegos en que la ganancia sirve de precio y recompensa á la habilidad é industria del cuerpo ó espíritu, como los juegos de pelota, balón, mallo, el correr la sortija, el ajedrez, las tablas, todas ellas son recreaciones de sí buenas y lícitas; sólo se ha de guardar del exceso, sea en el tiempo que se emplea ó en el precio que se pone; porque si se emplea mucho tiempo, ya no es recreación, sino ocupación; y así no se alivia ni el espíritu ni el cuerpo; antes al contrario, desvanece y oprime. Habiendo jugado cinco ó seis horas al ajedrez, al levantarse se halla el espíritu flojo y cansado. Jugar mucho tiempo á la pelota, ya no es recrear el cuerpo, sino molerle. Si el precio (esto es, lo que se juega) es muy grande, las aficiones de los jugadores se desreglan; y fuera de esto, no es justo el poner tan grandes precios á habilidades é industrias de tan poca importancia y tan inútiles como son las habilidades de los juegos. Mas sobre todo tendrás cuenta, Filotea, de no poner tu afición en todo esto; porque por honesta que sea su recreación, es vicio el poner en ella su corazón y su afición. No digo yo que no se haya de tomar gusto en el juego mientras se juega, porque de otra suerte no recrearía; pero digo que no se ha de poner en él la afición para desearle, para embebecerse y para embarazarse con él.

## CAPÍTULO XXXII

## DE LOS JUEGOS PROHIBIDOS (1).

Los juegos de los dados, de los naipes y otros semejantes, cuya ganancia depende principalmente de la suerte, no solamente son recreaciones peligrosas, como las danzas, pero son simple y naturalmente malas y vituperables. Por esto están prohibidas por las leyes civiles y eclesiásticas. Pero ¿que tan grande es el mal que en esto hay? me dirás. La ganancia en estos juegos no viene según la razón, sino conforme la suerte, la cual de ordinario cae á aquel que ni por su industria ni habilidad merece cosa alguna; y en esto es ofendida la razón. Pero dirásme: Así nos hemos convenido. Eso es bueno para mostrar que el que gana no hace agravio á los otros. Pero de ahí no se sigue que la convención no sea contra toda razón, y el juego también; porque la ganancia que debe ser precio de la industria lo viene á ser de la suerte, que no merece precio alguno porque no pende de nosotros.

Demás de esto, estos juegos tienen nombre de recreación y se inventaron para eso; pero de ninguna manera lo son, sino violentas ocupaciones; porque,

(1) No figura este capítulo en la traducción de Quevedo, como no figura tampoco en las dos ediciones que siguieron á la edición príncipe, indicio de que acaso se sirvió de una de éstas para su versión. La edición príncipe lleva en la portada la fecha de 1609. El capítulo sobre los juegos no volvió á aparecer sino á partir de 1616, y es de advertirse que fueron numerosas las reimpressiones subrepticias que se hicieron entre esas dos fechas. La edición publicada en París en 1619 puede considerarse como definitiva y completa.

¿cómo puede dejar de ser ocupación tener el espíritu atado y oprimido con perpetuas inquietudes, aprensiones y congojas? ¿Hay atención más triste, más melancólica que la de los jugadores? Por esto no se ha de hablar cuando se juega, ni reír ni toser, porque será darles una pesadumbre.

En fin, no hay gusto en el juego si no se gana. Y esta alegría ¿puede dejar de ser injusta, pues no se puede tener sino es con la pérdida del placer del compañero? Verdaderamente este regocijo es infame. Por estas tres razones son prohibidos los juegos.

Sabiendo el gran rey san Luis que su hermano el conde de Anjou y el señor Gautier de Nemours jugaban, se levantó, aunque estaba enfermo, y entró en su aposento titubeando; y cogiendo las tablas y los dados, con parte del dinero, lo arrojó por una ventana al mar, enojándose mucho con ellos (1). La santa y casta doncella Sara, hablando con Dios de su inocencia, le decía: « Vos sabéis, señor, que no he conversado jamás con los jugadores » (2).

## CAPÍTULO XXXIII

## DE LOS BAILES Y PASATIEMPOS LÍCITOS, PERO PELIGROSOS.

Las danzas y bailes son cosas indiferentes de su naturaleza; pero según el ordinario modo con que este ejercicio se hace, es muy inclinado y pendiente á la

(1) Joinville, Hist. de S. Loys, partie II.

(2) Tobías, III, 16, 17.

parte del mal, y por consiguiente lleno de riesgo y peligro (1). Hácese de noche, y en medio de las tinieblas y obscuridad, y así es fácil el deslizarse á muchos accidentes tenebrosos y vicios en un sujeto que de sí mismo es muy susceptible del mal. Trasnóchase demasiado, y después se pierde la mañana del día siguiente, y por consiguiente el medio de servir á Dios en ella. Y en una palabra digo, que es locura el trocar el día con la noche, la luz con las tinieblas, las buenas obras con las locuras. Llevan todos á los bailes vanidad á porfía, y la vanidad es una tan grande y cierta disposición para las malas aficiones y amores peligrosos y reprehensibles, que fácilmente se engendra todo esto en las danzas.

Dígote, pues, de las danzas lo que los médicos dicen de las setas y hongos. Dicen, pues, que los mejores no valen nada, y así también te digo que los mejores bailes no son muy buenos; pero con todo eso, si hubieres de comer setas, procura que estén bien aderezadas. Si por alguna ocasión, de la cual buenamente no pudieres excusarte, hubieres de ir al festín ó baile, procura que tu danza esté bien aparejada. ¿Cómo, pues, ha de estar aparejada? De modestia, de dignidad y de buena intención. Comed poco y pocas veces (dicen los médicos hablando de los hongos), porque por bien aparejados que estén, la cantidad les sirve de veneno. Danza poco y pocas veces, Filotea, porque si lo haces de otra suerte, correrás peligro de aficionarte á esta vanidad y á tropezar en las que de ella dependen.

Los hongos (según Plinio) (2) como son esponjosos

(1) Las danzas y bailes se entienden por los festines que se usan en Francia y Flandes, los cuales son siempre de noche. Nota de Quevedo.

(2) *Hist. Nat.*, lib. XXII, c. XXII (al XLVI).

y porosos, tiran fácilmente toda la infección y corrupción que tienen alrededor de sí; y así, estando cerca de las serpientes, reciben su veneno. Los bailes, las danzas y semejantes juntas tenebrosas tiran de ordinario los vicios y pecados que reinan en el lugar, las pendencias, las envidias, las burlas y los amores locos; y como estos ejercicios abren los poros del cuerpo á los que los usan, así también abren los poros del corazón; después de lo cual, si alguna serpiente viene á soplar á las orejas alguna palabra lasciva, alguna ternera engañosa, algún requiebro vano, ó algún basilisco arroja miraduras deshonestas y ojeos amorosos, ¿quién duda que entonces el corazón está muy aparejado á dejarse asaltar, rendir y emponzoñar?

¡Oh, Filotea! estas impertinentes recreaciones son de ordinario peligrosas: disipan y pierden el espíritu de devoción, debilitan las fuerzas, resfrían la caridad y despiertan en el alma mil suertes de malas aficiones. Por esto, pues, se deben usar con una gran prudencia.

Pero sobre todo se dice que después de los hongos se debe beber vino precioso; y yo digo que después de las danzas se ha de usar de algunas santas y buenas consideraciones que estorben las peligrosas impresiones que el vano placer que se ha recibido podría causar en nuestros espíritus. ¿Pero qué consideraciones?

1. Al mismo tiempo que tú estabas en los bailes, muchas almas ardían en el fuego del infierno por los pecados cometidos en la danza ó por causa de la danza.

2. Muchos religiosos y gente de devoción estaban á la misma hora delante de Dios: cantaban sus alabanzas y contemplaban su bondad. ¡Oh, y cómo su tiempo ha sido mucho más dichosamente empleado que el tuyo!

3. Mientras tú danzaste, muchas almas se despidieron de esta vida entre mil ansias y congojas; mil millares de hombres y mujeres han sufrido grandes trabajos en sus camas, en los hospitales y en las calles: la gota, la piedra, las fuertes calenturas. ¡ Pobres de ellos, que no han tenido ningún reposo! ¿ No tienes tú, pues, compasión de ellos? ¿ Piensas tú que un día no gemirás como ellos mientras otros dancen, como tú has hecho?

4. Nuestro Señor, nuestra Señora, los ángeles y los santos te han visto en el baile: sin duda que te han tenido lástima, viendo tu corazón embebecido en tal desatino y atento á semejante necedad,

5. ¡ Pobre de mí, que mientras tú estabas allí, el tiempo se pasó y la muerte se acercó! ¿ No ves cómo ésta se burla de ti, y que te llama á su danza, en la cual los gemidos de tu corazón servirán de violones, y donde no harás sino una sola mudanza de la vida á la muerte? Esta danza es el verdadero pasatiempo de los mortales, pues pasan en un momento de tiempo á la eternidad de gloria ó de pena. Hete puesto estas pequeñas consideraciones; pero Dios (si es que vive en tí su temor) te traerá otras al mismo sujeto.

## CAPÍTULO XXXIV

CUANDO SE PUEDE JUGAR Y DANZAR.

Para jugar y danzar lícitamente es menester que sea por recreación y no por afición, por poco tiempo y no hasta cansarse y desvanecerse, y que esto sea ra-

ramente; porque siendo esto de ordinario, ya es hacer de la recreación ocupación. ¿ En qué ocasiones, pues, se puede jugar y danzar? Las justas ocasiones de la danza y del juego indiferente, son más frecuentes; las de los juegos prohibidos son más raras, como también tales juegos son mucho más reprehensibles y peligrosos. Mas en una palabra te digo: danza y juega según las condiciones que te he apuntado, cuando por condescender y agradar á la honesta conversación en que estuvieres, la prudencia y discreción te lo aconsejaren; porque la condescendencia, como pimpollo de la caridad, hace las cosas indiferentes buenas, y las peligrosas permitidas, y asimismo quita la malicia á las que son en alguna manera malas. Por esto, pues, los juegos de azar, que de otra suerte serían reprehensibles, no lo son, si alguna vez la justa condescendencia nos lleva á ellos. Hame consolado el haber leído en la vida del bienaventurado Carlos Borromeo, que condescendía con los esguízaros en ciertas cosas, en las cuales por otra parte era muy severo; y que el bienaventurado Ignacio de Loyola, estando convidado á jugar, lo aceptó. Cuanto á santa Isabel, reina de Hungría, también á veces jugaba y se hallaba en las juntas de pasatiempo, sin perjuicio de la devoción, la cual tenía tan bien arraigada en su alma, que como las rocas que están alrededor del lago de Rieta crecen siendo combatidas de las ondas (1), así la devoción crecía en medio de las pompas y vanidades á que su grandeza la exponía. Estos son los grandes fuegos que se inflaman y crecen al viento; mas los pequeños se apagan, no llevándolos cubiertos.

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. II, c. xxxiv (al cvi).

## CAPÍTULO XXXV

QUE ES NECESARIA LA FIDELIDAD EN LAS GRANDES  
Y PEQUEÑAS OCASIONES.

El Esposo sagrado, en el Cántico de los Cánticos, dice que su Esposa le ha arrebatado su corazón con uno de sus ojos y uno de sus cabellos (1). Entre todas las partes exteriores del cuerpo humano, no hay ninguna más noble, sea por el artificio ó sea por la actividad, que el ojo, ni más vil que los cabellos. Por esto, pues, el divino Esposo quiere hacer entender, que no sólo le son agradables las grandes obras de las personas devotas, pero también las menores y más bajas; y que para servirle á su gusto, se debe tener gran cuidado de servir bien en las cosas grandes y altas y en las cosas pequeñas y humildes, pues podemos igualmente por las unas y por las otras robarle el corazón por amor.

Aparéjate, pues, Filotea, á recibir muchas y grandes aflicciones por nuestro Señor, y asimismo el martirio. Resuélvete de darle todo lo que tuvieres por más precioso, si le agradase de tomarlo: padre, madre, hermano, marido, mujer, hijos, tus ojos mismos y tu vida, porque á todo esto debes aparejar tu corazón. Mas mientras la divina Providencia no te envía aflicciones tan sensibles y grandes, y que no quiere de ti tus ojos, dale por lo menos tus cabellos. Diréte cómo: lleva con paciencia las pequeñas injurias, las pequeñas incomodidades, las pérdidas de poca importancia, que

(1) Cap. IV, 9.

te son cotidianas; porque por medio de estas pequeñas ocasiones, empleadas con amor y dilección, ganarás enteramente su corazón y le harás todo tuyo. Estos pequeños sufrimientos cotidianos, el mal de dientes, la defluxión, el bravear del marido y de la mujer, el romperse un vidrio, el menosprecio ó ceño, la pérdida de unos guantes, de una sortija, de un pañuelo, la pequeña incomodidad que recibimos en irnos á acostar temprano y levantarnos de mañana para rezar, para comulgar; la pequeña vergüenza que se tiene haciendo ciertas acciones de devoción públicamente; en fin, todos estos pequeños sufrimientos, tomados y abrazados con amor, contentan en extremo á la Bondad Divina, la cual, por un solo vaso de agua, ha prometido la mar de todas felicidades á sus fieles (1); y porque estas ocasiones se presentan á cada paso, es un gran medio para juntar muchas riquezas espirituales el emplearlas bien.

Cuando vi en la vida de santa Catalina de Sena tantos raptos y elevaciones de espíritu, tantas palabras de sabiduría, y asimismo de predicaciones hechas por ella, no dudé que con este ojo de contemplación hubiese robado el corazón de su Esposo celeste; pero igualmente me consoló cuando la vi en la cocina de su padre entender humildemente en el asador, atizar el fuego, aparejar la vianda, amasar el pan y hacer todos los más bajos oficios de la casa, con un ánimo lleno de amor y dilección para con su Dios. Y no estimaba en menos la pequeña y baja meditación que hacía á vuelta de estos oficios viles y abatidos, que los éxtasis

(1) S. Mateo, x, 42.